



BIOPOLÍTICA EN LA SOCIOLOGÍA DE LOS ALIMENTOS. REFLEXIONES SOBRE “UNA SALUD”

Biopolitics in the sociology of food. Reflections on "One Health"

AUTORES

Luis Blacha
IESCT-UNQ/CONICET

Gabriela Cévalo Boro
FSOC- UBA

Cómo citar este artículo:

Blacha, L. y Cévalo Boro, G. (2023). Biopolítica en la sociología de los alimentos. Reflexiones sobre “Una Salud”. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 16, 9-29

Artículo

Recibido: 23/11/2022

Aprobado: 17/06/2023

RESUMEN

“Una Salud” es un paradigma impulsado por organismos transnacionales que concibe a las personas, los animales y los ecosistemas como interdependientes y promueve políticas para la optimizar su bienestar. En el proceso actual de alimentación, la producción y el gobierno de estas tres esferas de vida se muestran como dimensiones interconectadas. El objetivo de este trabajo es realizar un abordaje crítico de la noción Una Salud, entendida como estrategia de biopoder de los organismos transnacionales en el siglo XXI. Nuestra hipótesis es que las estrategias de biopoder acuñadas por Foucault con su capacidad de hacer vivir y crear cuerpos funcionales al capitalismo en la Modernidad, en siglo XXI atentan contra la salud de las poblaciones y convierten al acceso a nutrientes en un factor de exclusión social.

El desafío es convertir herramientas conceptuales de la teoría social en insumos para abordar los procesos de alimentación tomando el caso argentino como ejemplo. La propuesta incorpora al análisis los vínculos sociales del proceso alimentario que van más allá de factores productivos y patrones de consumo porque incorpora la percepción sociocultural de ese consumo.

PALABRAS CLAVE: BIOPODER; DIETA; UNA SALUD.

ABSTRACT

"One Health" is a paradigm driven by transnational organizations that conceives of humans, animals, and ecosystems as interdependent entities and promotes policies to optimize their well-being. In the current process of food production and governance, these three spheres of life are intertwined dimensions. The objective of this study is to critically examine the notion of One Health as a biopower strategy employed by transnational organizations in the 21st century. Our hypothesis posits that the biopower strategies coined by Foucault, with their capacity to sustain and create functional bodies for capitalism in modernity, now in the 21st century, pose a threat to population health and turn access to nutrients into a factor of social exclusion.

The challenge is to utilize conceptual tools from social theory as inputs to address food processes, using the Argentine case as an example. This proposal incorporates the social links within the food process that extend beyond productive factors and consumption patterns, as it incorporates the sociocultural perception of such consumption.

KEYWORDS: BIOWER; DIET; ONE HEALTH.

1. INTRODUCCIÓN Y PLANTEO DEL PROBLEMA

La complejidad de los vínculos sociales en el siglo XXI ha generado un desafío para la teoría sociológica contemporánea. Resulta necesario incorporar herramientas analíticas, objetos de estudio y enfoques acuñados en otras áreas disciplinares. La composición de la dieta como objeto de estudio sociológico es un campo de estudio incipiente. Su relevancia teórica radica en las diversas variables que involucra: el impacto ambiental, la salud de la población y las preferencias de los actores sociales, entre otras. Este objeto de estudio ha sido abordado en detalle por la antropología, la medicina y la nutrición. Sin embargo, es a través del abordaje sociológico contemporáneo que se destaca la influencia de los vínculos de poder en todo el proceso alimentario: producción, procesamiento, distribución, consumo y percepción sociocultural de ese consumo (Warde, 2016).

Nociones constitutivas de la teoría social como la biopolítica foucaultiana constituyen herramientas pertinentes para un abordaje de corte sociológico por su amplia capacidad explicativa. Permiten destacar cómo las relaciones de poder delimitan las distintas escalas de producción y consumo de alimentos, que pasan a ser interdependientes. También resultan útiles para identificar actores y artefactos (Thomas et al., 2019) socialmente construidos que intervienen en la alimentación. En un nivel más general, utilizar al biopoder como herramienta analítica faculta el examen de las dinámicas en que el neoliberalismo y sus dispositivos dan forma a los cuerpos y el ambiente.

Con el advenimiento de la Modernidad, hay una politización de los rasgos biológicos fundamentales del ser humano que delinear una racionalidad que se extiende a la vida animal y vegetal. Tanto el proceso Haber-Bosch para fijar nitrógeno en el suelo descubierto a principios del siglo XX, como las tecnologías que conforman la denominada Revolución Verde a partir de la década de 1950, son parte de esta extensión del biopoder a ámbitos no-humanos (Latour, 2008) que ingresan al ámbito de la biopolítica foucaultiana.

En la Modernidad, la biopolítica interviene sobre los cuerpos y el territorio. Los hace vivir y al mismo tiempo les otorga visibilidad. Los gestiona de modo que sean funcionales al desarrollo productivo de los Estados nacionales y del libre mercado. En el siglo XXI existe una mayor capacidad para que las sociedades intervengan en el ambiente, impactando en la dimensión vegetal, animal y humana. El gobierno y la gestión de estas tres esferas son abordadas tanto por los Estados nacionales como por los organismos transnacionales. La Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) denominan “Una Salud” (FAO, 2008) al paradigma que procura equilibrar y optimizar de manera sostenible la salud de las personas, los animales y los ecosistemas como unidades interdependientes. En línea con el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y bajo el encuadre de Una Salud, FAO procura impulsar programas, iniciativas, campañas y políticas públicas que tengan en cuenta al ambiente, las personas y los animales de manera integral, como esferas interconectadas (FAO, 2022).

Las estrategias promovidas por estos organismos pertenecientes a Naciones Unidas renuevan las implicancias del biopoder a comienzos del siglo XXI e inciden en la capacidad de resistir como un elemento que es parte del biopoder en la perspectiva foucaultiana. Tanto las estrategias de la biopolítica en la Modernidad como aquellas desplegadas bajo el enfoque de Una Salud en el siglo XXI tienen por objeto el gobierno y la gestión la vida humana y no humana. Ambas van a velar por el funcionamiento del libre mercado. Sin embargo, entre ambos abordajes hay, al menos, dos diferencias. Primero, en el caso de Una Salud se trata de estrategias impulsadas por organismos transnacionales y no por los Estados nacionales como los estudiados por Foucault. Segundo, en la actualidad estas prácticas de gobierno y gestión de la vida no resultan en la producción de cuerpos y territorios integrados al capitalismo, como sí resultaban en momentos previos. Estas pueden ser caracterizadas como un conjunto de estrategias defensivas ante una forma de producir que atenta contra la vida humana y el ambiente.

Los ámbitos que son abordados desde el biopoder permiten una industrialización del mundo rural pero también incluyen prácticas sociales internalizadas que se fundamentan en patrones de consumo que contradicen las recomendaciones de esos mismos organismos internacionales en materia de salud. El carácter proactivo del biopoder y su capacidad de “hacer vivir” adquieren un carácter “defensivo” en la perspectiva de Una Salud que busca, en principio, mitigar los factores que incrementan la exclusión social y el cambio climático. Su capacidad para “hacer vivir” ya no produce obreros sino excluidos; ya no configura un territorio productivo, sino un ambiente degradado al que es difícil resistir. La producción industrializada de alimentos del siglo XXI permite mayor precisión en las transformaciones que buscan incrementar la productividad a expensas de la biodiversidad y de las identidades socioculturales tradicionales vinculadas con el mundo rural. Esta nueva etapa incrementa las desigualdades sociales existentes, aún en países con amplia tradición en la producción de bienes primarios agropecuarios. En este sentido, el caso argentino resulta relevante porque desde finales del siglo XIX se consolida un modelo productivo agroexportador eficiente.

El objetivo de este trabajo es realizar un abordaje crítico de la noción de Una Salud, entendida como estrategia de biopoder de los organismos transnacionales en el siglo XXI. El desafío es convertir estas herramientas conceptuales de la teoría social en insumos para abordar los procesos de alimentación tomando el caso argentino como ejemplo. Se incorporan al análisis los vínculos sociales de un proceso alimentario que va más allá de factores productivos y patrones de consumo, sino que interpela al ambiente, a la vida humana y no-humana. Esta preocupación se enmarca dentro de los desafíos de la sociología contemporánea para abordar los vínculos sociales y políticos que guían la alimentación, cuyas consecuencias tienen impacto tanto ambiental como sobre los individuos.

Nuestra hipótesis es que las estrategias de biopoder acuñadas por Foucault con su capacidad de hacer vivir y crear cuerpos funcionales al capitalismo en la Modernidad, en

siglo XXI atentan contra la salud de las poblaciones y convierten al acceso a nutrientes en un factor de exclusión social.

El trabajo se estructura en cuatro partes. Inicia con una fundamentación de la importancia del estudio sociológico de los alimentos en una perspectiva que incluye tanto las etapas de producción como las de consumo. En segundo lugar, se trabaja sobre la relación estrecha que existe entre vida humana, vegetal y animal en el proceso alimentario y su gestión política. En tercer lugar, se contextualiza la relevancia de este objeto de estudio para el caso argentino en el siglo XXI, intentando demostrar que la dieta (y todo el proceso alimentario que la conforma) configura y reproduce patrones de exclusión social. Las reflexiones finales se enfocan en las implicancias sociológicas de los cambios en la alimentación, en los que el enfoque biopolítico permite reconstruir tensiones y promover alternativas a prácticas consolidadas en las formas de consumo.

2. LOS ALIMENTOS, UNA PREOCUPACIÓN SOCIOLÓGICA

La composición de la dieta ha sido abordada como objeto de estudio por la medicina, la antropología y la nutrición. Sin embargo, son escasos los trabajos que la abordan desde una perspectiva sociológica en el Norte Global (Goody, 1995; Warde, 2016; Germov y Williams, 2017) y en Latinoamérica. En ese sentido, diversos autores latinoamericanos han tratado las implicancias políticas de la alimentación (Arboleda Gómez, 2019; de Castro, 2019) y el impacto en la vida humana de la degradación de la composición de los alimentos (Breilh, 2010). La composición de la dieta implica un área de interés para la sociología, porque es posible sostener que las relaciones sociales moldean e intervienen el vínculo con los alimentos. Esto es, determinan en mayor o menor medida quién come, qué se come, cuándo y de qué manera.

La alimentación es un hecho social (Poulain, 2021) y es también un acto-situación (Harris, 2009) que comprende elementos culturales (Strauss, 1964; Montanari, 2006) y de diferenciación (Bourdieu, 1998; Aguirre, 2004). El abordaje sociológico de los alimentos permite identificar como parte de un proceso aquellas interacciones que para otras disciplinas son simplemente eslabones de una cadena (McMichael, 2013). Producción, industrialización, distribución, consumo y percepción sociocultural de ese consumo son parte de este proceso social que interviene los cuerpos humanos y animales, la biodiversidad y la percepción —subjetiva y colectiva— de aquello que nos “alimenta”. En otras palabras, el carácter social de la alimentación redundará en que es un proceso con consecuencias políticas.

La alimentación es factible de ser analizada bajo un prisma social en todas sus etapas. Al nivel del consumo, existe un diferencial entre clases que es un factor clave para la reproducción intra e intergeneracional de la pobreza (de Castro, 2019). En cuanto al análisis de la producción, cobran relevancia la actual y creciente tecnificación de los alimentos, junto con la producción de nutrientes en laboratorios y de organismos genéticamente modificados (Pellegrini, 2013). Mientras que respecto de la oferta y la

accesibilidad existe una paradoja compleja. Por un lado, la oferta —aun cuando trasciende los aspectos productivistas— es sólo un componente más del vínculo social con los alimentos. Por otro lado, la disponibilidad total es posible por el desarrollo de las fuerzas productivas acelerado a partir de la denominada Revolución Verde, que incluye fertilizantes y pesticidas químicos, riego intensivo y una mayor mecanización de la producción que incrementa la productividad de algunos cultivos como cereales y oleaginosas (Gras y Hernández, 2016). Así, hay más calorías disponibles y, en consonancia con esta abundancia, se reduce el costo económico de producción de alimentos, pero se incrementa su impacto ambiental (menor biodiversidad) y social (hay menor demanda de mano de obra y más población que es expulsada a las ciudades). Las lógicas productivas que intentan incrementar los rendimientos por hectárea atentan contra la biodiversidad y hacen más complejo el problema del hambre, al conformar dietas en las que conviven la carencia de nutrientes con el exceso de calorías (malnutrición por exceso). De este modo, el siglo XXI presenta la particularidad de que la disponibilidad de alimentos no garantiza la accesibilidad a una buena alimentación. Esto es, frente a un contexto de disponibilidad plena —hay alimentos suficientes para alimentar a toda la población— la oferta alimentaria está compuesta por alimentos baratos de baja calidad nutricional. La dieta más accesible en términos económicos es alta en carbohidratos, azúcares y grasas.

Esta paradoja adquiere dimensiones globales, ya que el agronegocio, con el monocultivo como forma predominante del uso del suelo, implica un cambio de escala en este mismo proceso que da inicio —a finales del siglo XX— a la “transición nutricional” en el Sur Global (Bray y Popkin, 1998). La composición nutricional de los alimentos industrializados se convierte desde entonces en un factor de exclusión social (Bray y Popkin 1998; Popkin et. al, 2019). Este fenómeno afecta incluso a países con una temprana inserción en el mercado mundial como productores de bienes agropecuarios (Barsky y Gelman, 2001).

Una de las consecuencias de estos procesos es la aparición de nuevas formas de hambre. Estas tienen que ver con dietas en las que la que los alimentos industrializados explican un porcentaje mayor de las calorías (kcal) que las componen. Las denominadas nuevas formas de hambre se posicionan como un problema social y político, más que de productividad del suelo o carencia de alimentos (Holt-Gimenez, 2017). En esa línea, el hambre no es hoy un problema de desnutrición, sino de malnutrición por exceso —hambre oculta (Bielaski, 2013)—.

Las recetas tradicionales para combatir el hambre también son puestas en cuestión. La ruptura de vínculos sociales entre productores y consumidores permite que se generen “commodities” que puedan ser procesados para facilitar su uso en alimentación humana pero también como forraje o biocombustibles (Rieff, 2016). Parte de la dinámica de las nuevas formas de hambre es que la producción de commodities haga que estómagos humanos y animales compitan por acceder a las calorías.

Las prácticas industrialistas iniciadas a mediados del siglo XX en el mundo rural interpelan a través del proceso alimentario a la vida vegetal, animal y humana (Nally, 2011).

Producción, procesamiento, distribución y consumo son de este modo partes un proceso alimentario delineado por relaciones sociales y de poder (Winson, 2013). En todo este proceso, la vida humana, vegetal y animal resultan interdependientes, tal como el encuadre de Una Salud los concibe.

3. EL BIPODER Y LOS ALIMENTOS: CUERPOS Y TERRITORIOS

La población como construcción histórica producto de vínculos de poder, emerge como preocupación política y económica a partir del siglo XVIII (Foucault, 2011). Michel Foucault identifica a la administración de la vida de la población como una de las condiciones que aseguran el funcionamiento y reproducción del sistema capitalista moderno. La administración y el gobierno de ésta demandan una serie de técnicas que regulan la vida en sus aristas biológicas. El biopoder como “gran tecnología de doble faz” (Foucault, 1986: 169) anatómica y biológica tendrá efectos de producción de cuerpos de individuos sanos al servicio de la Nación.

El biopoder permite delimitar, medir, normalizar y gobernar a la población. Sin embargo, no está exento de tensiones en tanto para Foucault el poder también incluye las resistencias. La población como objeto histórico, social y tecnológicamente construido, demanda un conjunto de herramientas específicas para su definición epistemológica: estadísticas, políticas públicas, cuerpos expertos que medicalizan las conductas (Foucault, 1977) así como una clara delimitación de su alcance geográfico y su composición interna. En síntesis, las estrategias de biopoder hacen de la población un objeto político factible de ser conocido, medido y regulado.

El régimen biopolítico comprende un conjunto de prácticas cuyo campo de intervención son los nacimientos, la salubridad, la mortalidad, la escolarización, los hábitos reproductivos que se sustentan en una forma particular de concebir el cuerpo humano y delimitar su circulación y distribución en el espacio social (Foucault, 2012; Rose, 2012). Lejos de ser restrictivo, prohibitivo o represivo, el biopoder tiene funciones productivas porque permite la emergencia de objetos. Estos objetos son denominados por Michel Foucault (2012) “realidades transaccionales” (como la locura, lo anormal, el sexo, el Estado, etc.), que surgen a través de prácticas históricas que luego terminan resultando evidentes, naturales. Estas prácticas son regulaciones, costumbres y rituales institucionalizados e incluso, materializados arquitectónicamente (Habermas, 1984). En esa línea, las estrategias biopolíticas trascienden al cuerpo del individuo como principal superficie de aplicación. La alimentación es parte de los campos de intervención de la biopolítica porque es un proceso que permite construir, hacer visibles cuerpos y territorios (Cabrera Rebollo et. al, 2019; Arboleda Gómez, 2019). Los cuerpos de individuos, animales y plantas se constituyen así como realidades transaccionales. Hay un conjunto de tecnologías que permite una profunda intervención en los aspectos biológicos que acrecientan su “politización”.

Las formas de vida no son reguladas de manera azarosa, sino que son codificadas por una serie de tecnologías de saber-poder (Deleuze, 2013). En el ejercicio del biopoder se pone en juego la información producida para conocer, hacer inteligibles y finalmente gobernar la vida de una manera totalizante no exenta de resistencias puntuales. Las instituciones, organismos internacionales, cuerpos técnicos, científicos y funcionarios se valen de las herramientas de este saber-poder para “hacer vivir”. De hecho, las políticas promovidas bajo el enfoque de Una Salud proponen alentar “el intercambio de datos epidemiológicos e información de laboratorio entre los diversos sectores y países, que puede dar lugar a un mecanismo de alerta temprana y una planificación y respuesta más eficaces” (FAO, 2019:43) con respecto a medidas de salud. Este ejercicio es el que delinea la intervención sobre el territorio, la alimentación y la salud de las poblaciones. Son despliegues tecnológicos que permiten la apropiación social del espacio y configuran usos del territorio que redundan en la simplificación de los ecosistemas que hacen peligrar tanto la soberanía como la identidad alimentaria (Blacha, 2019). El carácter anticipatorio que tiene Una Salud engloba en una misma configuración territorios, cuerpos y vidas como una forma posible de abordar consecuencias que se presentan como universales y ante la que no pareciera posible resistir.

La comida tanto en su producción como en su consumo y post-consumo influye en el ambiente, el cuerpo humano y en las percepciones sensoriales con que la abordamos (Steel, 2020). A su vez, la producción de alimentos genera una oferta que depende de esta apropiación social del espacio en la que naturaleza pareciera ser pasible de ser “modificada” e intervenida.

El avance del biopoder a diversas esferas —vegetales, animales— y su extensión territorial —con escala ambiental— amplían la capacidad explicativa que originalmente le otorga Michel Foucault a su concepto (1986, 2007, 2012). La tensión surge cuando la propia salud humana, que debería verse beneficiada con la biopolítica en su concepción original, comienza a verse deteriorada con estas prácticas productivas. No es una resistencia sino una consecuencia que pone una de las principales características del biopoder, su “hacer vivir”.

La capacidad de intervención del biopoder abordada desde el concepto de Una Salud da cuenta de la interdependencia de la vida humana, animal y vegetal para los organismos transnacionales. El concepto y las políticas implementadas bajo este enfoque demuestran que dichos organismos —FAO, OMS, OIE— reconocen esta vinculación y promueven intervenciones que conciben y gestionan a la vida humana, vegetal y animal como objetos interdependientes. El cambio no se explica por la existencia de tecnologías que permiten una intervención ampliada sobre la vida, hay un interés económico que las guía y tiene su correlato en las prácticas políticas, tal como las entiende Foucault.

Las dinámicas alimentarias se convierten en herramientas para incidir sobre el cuerpo humano y en las prácticas subjetivas. La composición nutricional de la dieta como una forma de desigualdad social, es un aspecto relevante que pone en cuestión el alcance de la biopolítica como garante de la salud de una población. Si bien la biopolítica pareciera

incrementar su alcance, al mismo tiempo limita y reformula sus objetivos originales vinculados con la constitución de ciudadanos con cuerpos “útiles”. Surge una utilidad vinculada con el consumo que se escinde de las consecuencias que surgen del post-consumo que abarcan a los cuerpos y el ambiente.

Los nuevos elementos que pasan a formar parte del biopoder, al ampliar su escala, también complejizan la capacidad de intervención (Rose, 2012). Son nuevos problemas de régimen biopolítico que demandan estructuras administrativas acordes (Castro, 2004). Ya no basta con ser condición para el “funcionamiento” del capitalismo, sino que pareciera haber una tensión entre “la vida” y el sistema productivo. Las nuevas formas del hambre dan cuenta de esta situación porque el incremento en la oferta alimentaria se centra en las calorías —como sucede en el siglo XXI— pero impiden cumplir con la ingesta nutricional mínima que recomiendan los mismos organismos supranacionales de salud, como la OMS y OPS (Galicia et. al, 2016). En el caso argentino, las Guías Alimentarias para la Población Argentina (GAPA, 2020) identifican un contexto de, al menos, escala latinoamericana donde la producción de bienes primarios agropecuarios está orientada a generar commodities, en vez de alimentos que conformen una dieta culturalmente responsable y nutricionalmente adecuada.

El avance de la agricultura industrializada es un buen ejemplo de cómo el biopoder construye objetos y facilita una determinada apropiación social del espacio. El biopoder, en su capacidad de “hacer ver” (Deleuze, 2013) interviene los territorios definiendo qué cultivar y qué no. La alimentación animal —forraje— puede ser usada como un insumo en una cadena agroindustrial mayor —en la que también pueden convertirse en combustibles para hacer funcionar ese sistema productivo—. La utilización de un cultivo con un fin u otro dependiendo la conveniencia en función de la productividad, destaca el impacto de las relaciones de poder en la alimentación como fenómeno sociológico.

La productividad del suelo se orienta a alimentos baratos y de baja calidad nutricional (Winson, 2013) a los que terminan accediendo sectores vulnerables de la población (Cleveland, 2013). Mientras hay un incremento en los rendimientos por hectárea se consolida una dieta que promueve la exclusión social reduciendo el acceso a nutrientes (Blacha, 2020). Son calorías a bajo costo que como resultado final incrementan la exclusión social de determinados individuos que tampoco parecieran poder resistir a esta marginación. Este resultado puede ser analizado como una contradicción para un conjunto de prácticas que se figuraban en un principio destinadas a mejorar la salud de la población y a crear cuerpos fuertes para el sistema productivo.

Hay un impacto directo en la salud y en los cuerpos de la población como actor colectivo que puede reconstruirse a partir de las biografías de los individuos. Mientras el objetivo principal de la biopolítica pareciera ser maximizar la productividad de los alimentos, el suelo y los humanos finalmente termina redundando en dinámicas de exclusión social. Entonces, la malnutrición por exceso lejos de ser un problema de mal funcionamiento, un error en las cadenas agroalimentarias, es más bien una condición necesaria para la reproducción de esta cadena. Los sectores vulnerables consumen

alimentos baratos, escasos en nutrientes a los que pueden acceder según su nivel de ingreso o bien son provistos de asistencia alimentaria (Aguirre, 2011).

El carácter productivo de la biopolítica comienza a adquirir características negativas para un porcentaje mayoritario de la población. Las estrategias de biopoder se orientan en este nuevo siglo a la producción de muerte estando la alimentación —entre otras dinámicas— atravesada por dinámicas de tanatopolítica (Perosino, 2011). No son sólo los cuerpos de clase que resultan de la ruptura del patrón alimentario unificado (Aguirre, 2004) sino que se constituyen dispositivos —como el monocultivo— que intervienen de forma negativa en la salud de la población. Ni siquiera es posible cumplir las recomendaciones que ese mismo saber-poder elabora y el biopoder pareciera tener un carácter ambivalente.

Los límites al carácter productivo de la biopolítica que construye cuerpos —animales, vegetales, humanos— se reflejan en las estrategias defensivas que hace públicas el enfoque de Una Salud. El ampliar una racionalidad consigue mayor intervención sobre la vida, pero incrementa la exclusión social que impone el sistema productivo industrializado de alimentos. Los dispositivos y estrategias que deberían orientarse hacia esos fines terminan convirtiéndose en un impedimento para alcanzar estas metas. Tal como sucede con los Objetivos del Desarrollo Sostenible (ODS) (ONU, 2018), entre los que se encuentra el hambre cero.

4. LA COMPOSICIÓN DE LA DIETA COMO FACTOR DE DESIGUALDAD EN EL CASO ARGENTINO EN EL SIGLO XXI

Para el caso argentino, las estrategias de biopoder han delineado tanto cuerpos como territorios. Por un lado, el modelo agroexportador resulta de una serie de estrategias biopolíticas de usos del territorio a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Por otro lado, la ruptura de los vínculos sociales entre productores y consumidores a finales de siglo XX, sumado al ingreso de cadenas transnacionales de alimentación al país configuran una oferta alimentaria, una composición de la dieta que resulta en cuerpos malnutridos.

Es posible reconstruir el modelo agroexportador bajo el enfoque del biopoder. La inserción del país en la división internacional del trabajo como productor de bienes primarios a finales del siglo XIX demanda la incorporación de tecnologías (ferrocarril, alambrado, refinamiento del ganado, pasturas), condiciones ambientales (fertilidad diferencial de los suelos, clima templado-húmedo, grandes llanuras), una estructura administrativa conservadora (para asegurar la propiedad de grandes extensiones territoriales), políticas económicas de corte liberal (que fundamentan el vínculo con las grandes metrópolis e incentivan el ingreso de capitales extranjeros) que permiten un uso del territorio que se adecue a las variaciones en los precios de las materias primas generadas. Como se obtiene mayor rentabilidad —y con una mejor tasa de retorno— la agricultura desplaza a la ganadería de la principal región productiva del país (Manzanal,

2017). Hay una agriculturización de la región pampeana y la ganadería se traslada a otros ecosistemas “menos productivos” en ámbitos extra-pampeanos (Gras y Hernández, 2016).

Los cambios en los cultivos, así como la superficie de suelo destinada a la cosecha en el siglo XX, permiten identificar cómo incide el biopoder sobre el ambiente (Gráfico 1) en el caso argentino.

Como se puede apreciar (Gráfico 1), el aumento sostenido de un tipo de cultivo (soja) no solo atenta contra la biodiversidad del territorio, sino que también prioriza los commodities sobre los alimentos que forman parte de una dieta omnívora. Es parte de una lógica neoliberal donde las demandas del mercado cobran supremacía sobre las necesidades de los miembros del entramado social.

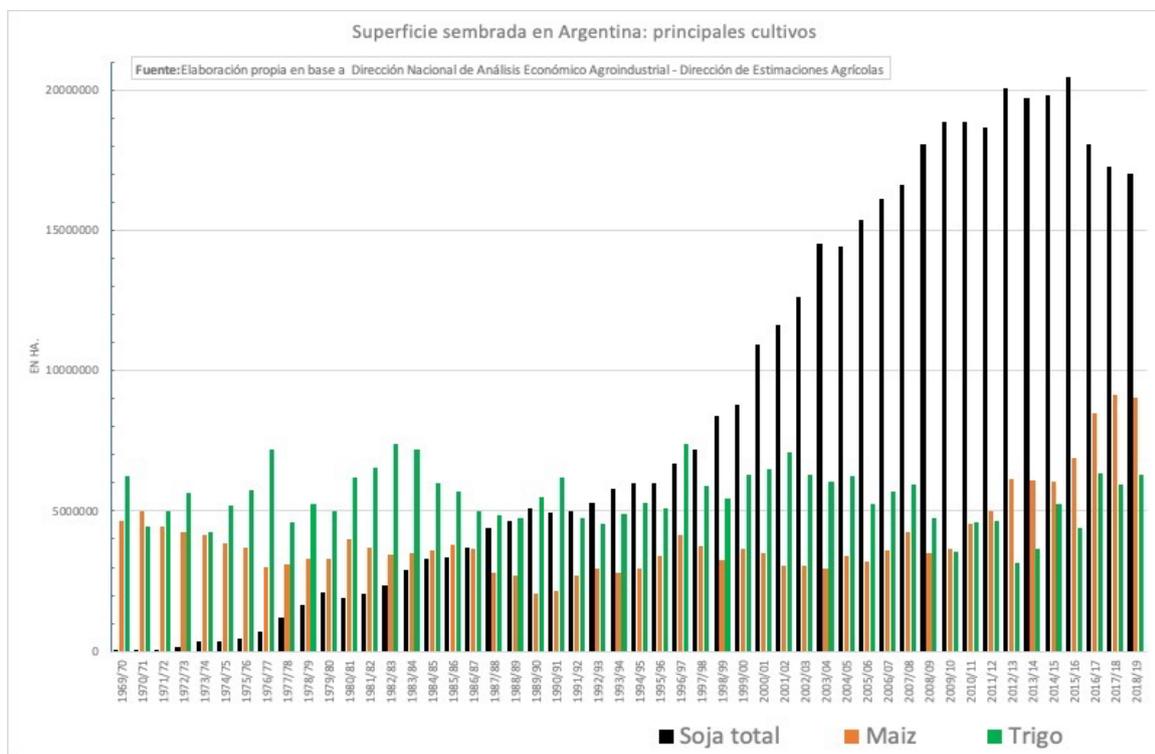


GRÁFICO 1: Superficie sembrada en Argentina: principales cultivos

Fuente: Elaboración propia en base a la Dirección Nacional de Análisis Económico Agroindustrial.

Hasta fines del siglo XX, la consolidación de vínculos socioculturales y económicos entre productores y consumidores explica que pobres y no-pobres conciban la alimentación de forma similar, más allá de que en efecto, no comían lo mismo. Es lo que Aguirre (2004) identifica como un patrón alimentario unificado y es una de las particularidades argentinas dentro del Sur Global. Sin embargo, el país no es ajeno a las consecuencias negativas de la transición nutricional con dietas de mayor densidad calórica y peor calidad nutricional (Bray y Popkin, 1998). Un aumento en la oferta va a incrementar la presencia del hambre en el país porque en el siglo XXI se rompe el patrón

alimentario unificado. Quienes distribuyen y procesan los alimentos incrementan su capacidad de decisión respecto de productores y consumidores.

La salud humana se ve afectada por estas transformaciones que incluyen a la composición nutricional de la oferta alimentaria. Este cambio de la composición de la dieta es una intervención sobre la vida a partir de un conjunto de herramientas técnico-políticas (Nally, 2011). En este caso, también es posible identificar una tensión con la idea original de Foucault porque la preocupación por la salud de la población pareciera estar relegada ante el crecimiento de un cierto tipo de producción agrícola industrializada, intensiva, que se expande a partir de insumos químicos y organismos genéticamente modificados (OGM). El objetivo no es la producción social de alimentos sino una apropiación privada de commodities obtenida a partir de la ruptura de vínculos sociales entre producción y consumo. En contrapartida, se consolidan otro tipo de vínculos que incrementan la exclusión social y ponen en cuestión prácticas socioculturales establecidas.

Como se ha señalado, las cadenas agroalimentarias actuales privilegian la productividad y rentabilidad de los usos del suelo por sobre la salud de las comunidades (Gargano, 2022). Los actores menos favorecidos pierden seguridad alimentaria y se cuestionan sus prácticas socioculturales, así como el acceso a alimentos de calidad que pone en riesgo la soberanía alimentaria.

En el caso argentino la disponibilidad diaria de kcal. por habitante supera la media mundial, y las recomendaciones de organismos internacionales. Sin embargo, en la composición de esa dieta prevalecen la densidad calórica y el porcentaje de carbohidratos. Teniendo esta situación un corte de clase. A medida que se reducen los ingresos del hogar mayor es la cantidad de carbohidratos en la dieta cotidiana (Gráfico 2). Así, el acceso a nutrientes se constituye como un factor de desigualdad social.

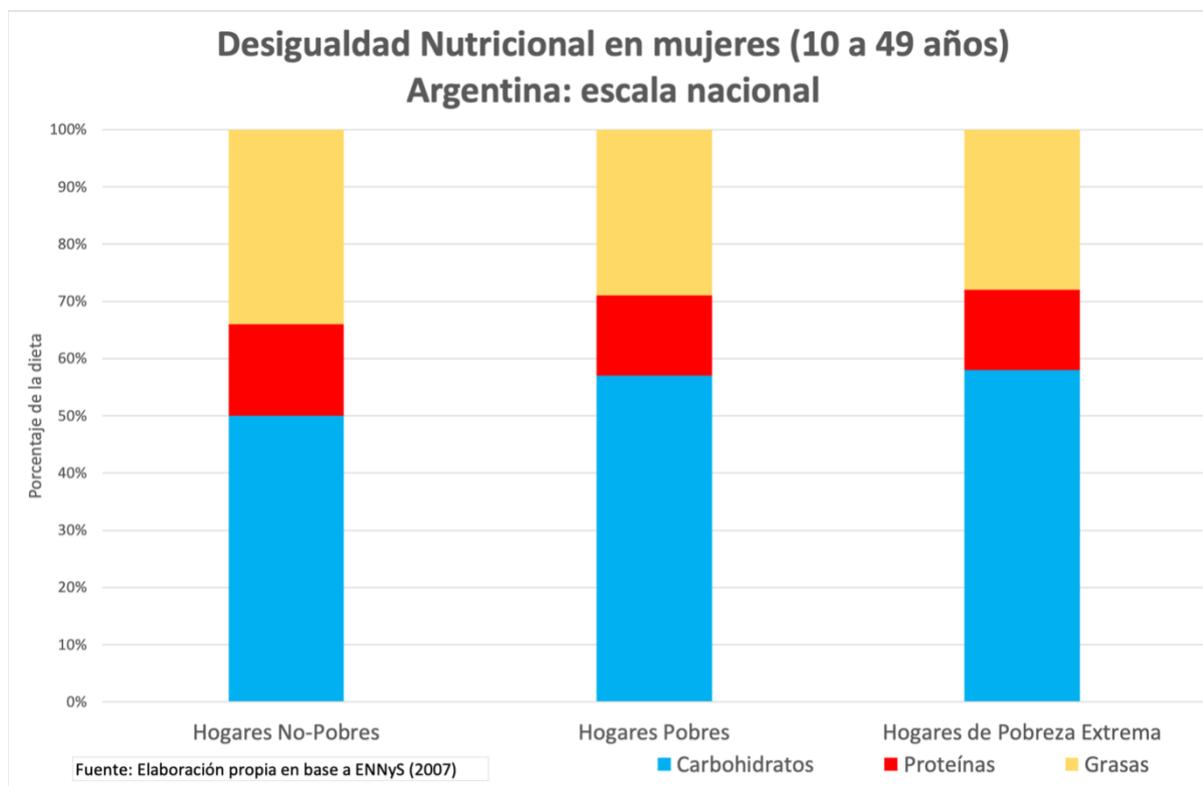


GRÁFICO 2: Desigualdad Nutricional en mujeres (10 a 49 años) en Argentina

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta Nacional de Nutrición y Salud (ENNyS) (2007)

Esta composición de la dieta tiene un impacto directo sobre el cuerpo de los consumidores. En especial porque muchos de estos carbohidratos son simples y provienen de alimentos industrializados. Este tipo de alimentos aun cuando son fortificados de forma artificial, no siempre son asimilados por el cuerpo humano (Scrinis, 2013). Se compone entonces una dieta que predispone a enfermedades cardiovasculares, diabetes e hipertensión (Galicia et. al, 2016).

Además, se consolida un recorrido individual como consumidor/comensal que va a formar preferencias a la hora de alimentarse (Blacha, 2020). Aun mejorando la condición económica, o promoviendo una oferta con mayor presencia de alimentos frescos, hay patrones de consumo consolidados que están delimitados por esas preferencias (Zapata et. al., 2016). Es otro límite más al biopoder en su búsqueda por velar por la salud de la población.

El impacto a mediano plazo de estos patrones de consumo puede reconstruirse desde el cuerpo de los comensales. La obesidad va a reflejar y reproducir desigualdades sociales pre-existentes. En Argentina los quintiles de menores ingresos son los más afectados por la obesidad (Gráfico 3). No sólo porque no se puede acceder a nutrientes, sino que la composición de alimentos —casi sin elección— promueve una ingesta

excesiva de calorías (Hawkes, 2006). El Índice de Masa Corporal (IMC)¹ que incluye las categorías de sobrepeso y obesidad es una de las herramientas que se utilizan para reconstruir este proceso (Popkin et. al 2019). Un indicador que surge para calcular las primas de los seguros de vida en la década de 1940 en Estados Unidos, se convierte en una herramienta para que el Estado y la medicina aborden el cuerpo de sus ciudadanos sin requerir una infraestructura compleja (Guthman, 2011). Sus inconsistencias — vinculadas con la incapacidad de diferenciar entre tejido óseo, grasa y músculo— parecieran verse contrarrestadas por la baja inversión que tienen que hacer las estructuras gubernamentales para realizar estas mediciones que permiten graficar el impacto de la dieta en el cuerpo humano y actúa como dispositivo disciplinar.

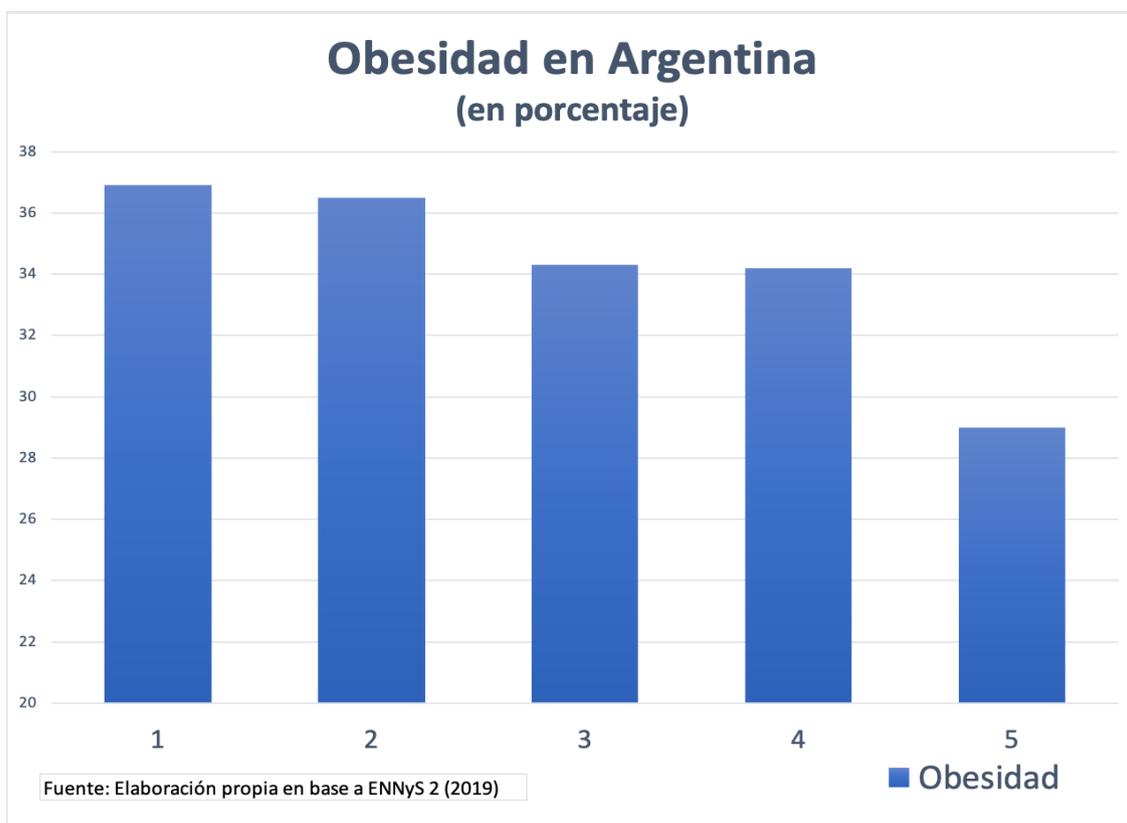


GRÁFICO 3: Exceso de peso por quintiles de ingreso (en%).

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta Nacional Nutrición y Salud 2 (ENNyS 2), 2019

El biopoder permite trascender aquellos abordajes donde estas cuestiones técnicas aparecen dissociadas del entramado social. El avance productivo pareciera realizarse a expensas de la salud humana, afectando —al menos— a un porcentaje muy significativo

¹ El Índice de Masa Corporal (IMC) es una medida estandarizada que se obtiene de vincular el peso en kg con la estatura en metros cuadrados (peso [kg]/estatura [m²]). Si bien no permite analizar la composición de esos tejidos, es decir no diferencia entre grasas, músculos o huesos, es muy utilizado porque no requiere de instrumentales costosos ni de una capacitación compleja para los encuestadores. Cuando el IMC es igual o superior a 30 se considera que el individuo es obeso mientras que si el IMC está entre 25 y 30 se define como sobrepeso.

y determinado de la población. La mayor presencia de la obesidad en los quintiles de menores ingresos muestra la penetración de esta forma de alimentación industrializada (Zapata et. al., 2016). A su vez, refleja los límites que enfrenta el biopoder como dispositivo para la inclusión social. Una dieta con nutrientes degradados y una densidad calórica que atenta contra la “buena salud” tal como lo define el biopoder. Un dispositivo que se desdobra porque su capacidad de hacer “avanzar” el sistema capitalista en nuevos ámbitos atenta contra su objetivo de “hacer vivir” a los miembros de una población. No es una política “dirigida” donde se afecte a un grupo “indeseable” sino que las nuevas formas del hambre afectan a cada vez más individuos.

Las diferencias entre quintiles socioeconómicos presentadas en el Gráfico 3, carecen de significación si se abordan por grupos etarios. Por ejemplo, en niñas, niños y adolescentes los quintiles de ingresos por hogar no tienen la misma capacidad explicativa porque la obesidad afecta a todos los grupos por igual (Zapata et. al., 2016). Esta diferenciación por generaciones muestra cómo cambia la capacidad de resistencia que ciertas prácticas de biopoder sustentadas en la internalización de normas y la consolidación de identidades socioculturales.

5. REFLEXIONES FINALES

El proceso actual de alimentación constituye un caso de estudio en el que la producción y el gobierno de la vida vegetal, animal y humana se muestran como dimensiones interdependientes y gestionadas por estas nuevas estrategias. Si bien el biopoder en la Modernidad tuvo por objetivo velar por la salud de la población, en el siglo XXI es condición de posibilidad para un sistema industrializado de producción de alimentos que pone en riesgo la salud de una parte importante de ese entramado social.

A lo largo del trabajo se intentó demostrar que el gobierno de la vida humana, vegetal y animal resultan interdependientes en su producción y administración histórico-política. Señalamos que el proceso alimentario es una de las aristas donde esta interdependencia cobra relevancia. Asimismo, se intentó describir el proceso alimentario delineado por relaciones de poder, que produce un tipo de determinado de cuerpo y un tipo determinado de ambiente. Ejemplificamos este proceso a través del estudio del caso argentino demostrando que los vínculos sociales que delinean la dieta producen determinados tipos de cuerpos para los quintiles de menores ingresos y la preponderancia de determinados cultivos en el territorio por sobre otros. Por último y transversalmente, quisimos poner esta discusión bajo el lente de la teoría foucaultiana para entender la capacidad de hacer vivir y hacer ver cuerpos y territorios del Estado moderno. En esa línea, resultó relevante el diálogo con la noción de Una Salud para mostrar cómo el régimen biopolítico en el siglo XXI adquiere otros alcances y significados distintos de su concepción original.

En tanto lineamiento de organismos transnacionales, las políticas bajo el enfoque de Una Salud entienden a la vida humana y no humana como interdependiente. Pero en el

siglo XXI, es una estrategia biopolítica que parece estar lejos de constituir cuerpos integrados y territorios productivos. Esta interdependencia produce y reproduce el funcionamiento del Estado y el libre mercado, en tanto la industria alimentaria no registra pérdidas, a costa de la producción de cuerpos enfermos —obesos y malnutridos— y territorios degradados —sin biodiversidad producto del monocultivo—.

El abordaje de estos problemas desde la teoría social, permite visibilizar las dimensiones políticas de problemas que a primera vista parecen biológicos o naturales. El biopoder faculta un abordaje crítico de esta “normalidad”, donde la composición de la dieta se muestra como un problema político que encierra tensiones y refleja las asimetrías inherentes al entramado social. Como se ha presentado a lo largo de este trabajo, estas desigualdades sociales —de clase, pero también de acceso— se explican a partir de un entramado de factores en el que la alimentación y las percepciones vinculadas con su consumo ocupan un lugar relevante para explicar las consecuencias del biopoder.

En esta coyuntura, la noción de Una Salud destaca la interdependencia que se genera a partir de las nuevas esferas que son abordadas por el biopoder. Si bien se presenta como una estrategia en defensa de la vida animal, vegetal y humana es también un modo distinto de construir y abordar la vida humana y no humana. No son esta vez los Estados-Nación sino los organismos internacionales quienes adquieren este rol tutelar de “hacer vivir”. Ante un sistema productivo que se presenta como global, las propuestas deben tener un alcance similar, pero sin embargo se limita el surgimiento de resistencias locales.

El punto paradójico que se quiso remarcar es que se genera una socialización excluyente donde cada vez más actores satisfacen sus necesidades con los restos del sistema productivo. La mayor presencia de carbohidratos simples en la dieta cotidiana se origina en patrones de consumo alimentarios unificados que están adaptados a satisfacer la percepción social que tienen los actores. Los alimentos frescos, que no están exentos de estas dinámicas, se convierten en un objeto de diferenciación social porque son la contracara de los commodities: maximizan su densidad y calidad nutricional, dan saciedad y son elementos centrales en una dieta solo para determinado sector de la población.

La constitución de ciudadanos y de las estructuras administrativas que esta construcción social demanda no están exentas de tensiones. Para Foucault la capacidad de resistirse al poder es parte constitutiva de éste. El avance del biopoder a la esfera ambiental genera nuevas contradicciones porque la capacidad de resistir —al menos desde un “afuera”— se torna más escasa. La concepción de “Una Salud” busca abordarlo todo excluyendo la posibilidad de un afuera pero también reduciendo la presencia de resistencias que forman parte del biopoder.

El comer, tal vez como ningún otro hecho social, resulta en una internalización muy profunda porque los alimentos se hacen parte del cuerpo humano, afectan y es afectada por su entorno y otros actores no-humanos. La noción de Una Salud permite reconocer

que no existen procesos aislados cuando a intervenciones sobre la vida se refiere. El biopoder, por su parte, destaca el carácter socialmente construido de los dispositivos que permiten intervenir sobre esos ámbitos y esa intervención no está exenta de tensiones. La politización de las cuestiones en apariencia biológicas, por mínimas que sean, insertan estos factores en procesos históricos complejos.

La alimentación, como proceso político más que biológico, se convierte en parte del fundamento y reproducción del orden social. No sólo porque es un factor clave para constituir ciudadanos sino porque hoy en día es un factor de desigualdad social aun con una oferta abundante de calorías —como en el caso argentino—.

La elección de las formas de producir, de procesar, de distribuir y dar acceso son parte de esta politización de la vida que está en la base del biopoder. Una Salud viene a reconocer una nueva escala en esta intervención y a alertar sobre el impacto global de estas consecuencias. Así como se trascienden las fronteras nacionales también comienzan a debilitarse las diferencias entre los distintos tipos de vida. Este proceso que Michel Foucault identifica con la constitución de un cuerpo humano moderno va a trascender sus hallazgos originales. La biopolítica que conforma la dieta del siglo XXI presenta a las ciencias sociales el desafío de identificar si esta politización sobre la vida puede generar inclusión social.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre, P. (2004). *Ricos flacos, gordos pobres, la alimentación en crisis*. Capital Intelectual.
- Aguirre, P. (2011). Sociologando: Reflexiones sobre las nuevas formas del hambre en el siglo XXI: la obesidad de la escasez. *Sapiens Research*, 1, pp: 60-64.
- Almas, R. (1999). Food trust, ethics and safety in Risk Society. *Sociological Research Online*, 4 (3), pp. 275-281. <http://www.socresonline.org.uk/4/3/almas.html>
- Arboleda Gómez, R. (2019). Conferencia. La dietética, un dispositivo biopolítico para el control del cuerpo. *Perspectivas en Nutrición Humana*, pp. 31–40.
- Barsky, O. y Gelman, J. (2001). *Historia del agro argentino. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. Grijalbo Mondadori.
- Blacha, L. (2019). Los usos del territorio rural: alimentos poder y dieta en el agro pampeano a comienzos del Siglo XXI. *Derecho y Sociedad*, 1 (5).
- Blacha, L. (2020). Riesgo, desigualdad y sabor. Herramientas sociológicas para explicar el “efecto dorito”. *Revista Temas Sociológicos*, 27.
- Bielaski, H. K. (2013). *Hidden Hunger*. Springer.

- Bijker, W., Thomas, H. y Pinch, T. (1987). *The Social Construction of Technological Systems*. The MIT Press.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Breilh, J. (2010) Las tres 'S' de la determinación de la vida. 10 tesis hacia una visión crítica de la determinación social de la vida y la salud. En Passos Nogueira, R. *Determinação Social da Saúde e Reforma Sanitária*. Cebes.
- Cabrera Rebollo, A. G., Hernández Lara, O. G., Zizumbo Villarreal, L. y Arriaga Álvarez, E. G. (2019). Régimen alimentario y biopolítica: problematizando las dietas. *Revista Mexicana de Sociología*, 81 (2), pp. 417-441.
- Castro, E. (2014). *Introducción a Foucault*. Siglo XXI.
- Cleveland, D. (2013). *Balancing on a Planet: The Future of Food and Agriculture*. California Studies in Food and Culture Book, 46.
- Danowski, D. y de Castro, E. (2019). *¿Hay un mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Caja Negra.
- Deleuze, G. (2013). *El saber: curso sobre Foucault I*. Cactus.
- De Castro, J. (2019). *Geopolítica del hambre. Ensayo sobre los problemas de la alimentación y la población del mundo*. De la UNLA.
- Diaz, D., Goldberg, A. y Fernandez, R. (2017). *Dimensiones sobre la Seguridad Alimentaria en el Nuevo escenario global: ¿el mito del plato vacío?. Evolución de la disponibilidad de alimentos per cápita en Argentina y en el mundo entre 1963 y 2013*. Instituto de Estudios Sociales, CICPES.
- Encuesta Nacional de Nutrición y Salud* (2007). Ministerio de Salud. Documento de Resultados.
- Encuesta Nacional de Nutrición y Salud 2* (2019). Ministerio de Salud y Desarrollo Social. Presidencia de la Nación. Secretaría de Gobierno de salud. Indicadores Priorizados.
- FAO (2008). *Contributing to One World, One Health. A Strategic Framework for Reducing Risks of Infectious Diseases at the Animal–Human–Ecosystems Interface*.
- FAO (2019). *Adopción del enfoque multisectorial "Una Salud" - Guía tripartita para hacer frente a las enfermedades zoonóticas en los países*. FAO/OIE/WHO.
- FAO (2022). *Una Salud*. <https://www.fao.org/one-health/es>.
- Fischler, C. (1995). *El (h)omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*. Editorial Anagrama.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la medicalización*. Educación médica y salud, 11 (1), pp. 3-25.
- Foucault, M. (1986). *Historia de la Sexualidad: la voluntad de saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2011). *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France: 1977-1978*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2012). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France: 1978-1979*. Fondo de Cultura Económica.

- Galicia, L., López de Romaña, D., Harding, K.B., De-Regil, L. M., y Grajeda, R. (2016). Tackling malnutrition in Latin America and the Caribbean: Challenges and opportunities. *Revista Panamericana de Salud Pública*, 40 (2), pp. 138–46.
- Gárgano, C. (2022). *El campo como alternativa infernal. Pasado y presente de una matriz productiva ¿sin escapatoria?* Ediciones Imago Mundi.
- Germov, J. y Williams, L. (2017). *A sociology of food & nutrition. The social appetite*. Oxford University Press.
- Goody, J. (1995). *Cocina, Cuisine y clase. Estudio de sociología comparada*. Gedisa Editorial.
- Gras, C. y Hernández, V. (2016). *Radiografía del nuevo campo argentino. Del terrateniente al empresario transnacional*. Siglo XXI.
- Guthman, J. (2011). *Weighing In. Obesity, Food Justice, and the Limits of Capitalism*. University of California Press.
- Habermas, J. (1984). *El discurso filosófico de la modernidad*. Santillana.
- Harris, M. (2009). *Bueno para comer: Enigmas de alimentación y cultura*. Alianza Editorial.
- Hawkes, C. (2006) Uneven dietary development: linking the policies and processes of globalization with the nutrition transition, obesity and diet-related chronic diseases. *Globalization and Health*, 2 (4). doi:10.1186/1744-8603-2-4.
- Holt-Giménez, E. (2017). *El capitalismo también entra por la boca: comprendamos la economía política de nuestra comida*. Monthly Review Press-Food First Books.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Ediciones Manantial.
- Manzanal, M. (2017) Territorio, poder y sojización en el Cono Sur latinoamericano. El caso Argentino. *Mundo Agrario*, 18 (37), pp. 1-26.
- McMichael, P. (2014). *Food Regimes and Agrarian Questions*. Practical Action.
- Montanari, M. (2006). *La comida como cultura*. Ediciones TREA S. L.
- Murillo, N y Paliof Nosal, C. (2021). Una sola salud: la interdisciplina como base para los diseños tecnológicos. *Visión Rural*, 27 (139), pp. 5-8.
- Naciones Unidas (2018). *La Agenda 2030 y los Objetivos de Desarrollo Sostenible: una oportunidad para América Latina y el Caribe (LC/G.2681-P/Rev.3)*.
- Nally, D. (2011). The biopolitics of food provisioning. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 36 (1), pp. 37-53.
- ONU (2018). *La Agenda 2030 y los Objetivos de Desarrollo sostenible. Una oportunidad para América Latina y el Caribe*. Naciones Unidas.
- Otero, G. (2018). *The Neoliberal Diet. Healthy Profits, Unhealthy People*. University of Texas Press. doi:10.7560/316979.
- Pellegrini, P. (2013). *Transgénicos. Ciencia agricultura y controversias en la Argentina*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

- Popkin, B., Corvalan, C. and Grummer-Strawn, L. (2019). Dynamics of the double burden of malnutrition and the changing nutrition reality. *The Lancet*, 395 (10217), pp. 65-74.
- Reboratti, C. (2000). *Ambiente y sociedad. Conceptos y relaciones*. Ariel.
- Rieff, D. (2016). *El oprobio del hambre. Alimentos, justicia y dinero en el siglo XXI*. Taurus.
- Rose, N. (2012). *Políticas de la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. UNIPE.
- Scrinis, G. (2013). *Nutritionism. The Science and politics of Dietary Advice*. Columbia University Press.
- Thomas, H., Becerra, L. y Bidinost, A. (2019). ¿Cómo funcionan las tecnologías? Alianzas socio-tecnicas y procesos de construcción de funcionamiento en el análisis histórico. *Pasado Abierto. Revista del CEHis*, 10, pp. 127-138.
- Toscano López, Daniel Gihovani (2008). El bio-poder en Michel Foucault. *Universitas Philosophica*, 25 (51), pp. 39-57.
- Perosino, M. (2011). Tanatopolítica. una aproximación a la administración de la muerte: de Foucault a Agamben. *Observaciones Filosóficas*, 12.
- Poulain, J.P. (2021). Food in transition: The place of food in the theories of transition. *Sociology*, 69 (3), pp. 702–724.
- Strauss, L. (1964). *Lo crudo y lo cocido*. Fondo de Cultura Económica.
- Steel, C. (2020). *Ciudades Hambrientas*. Capitan Swing.
- Warde, A. (2016). *The Practice of Eating*. Polity Press.
- Winson A. (2013). *Industrial Diet. The degradation of food and the struggle for healthy eating*. UBC Press.
- Zapata, M.E., Roviroso, A. y Carmuega, E. (2016). *La mesa argentina en las últimas dos décadas: cambios en el patrón de consumo de alimentos y nutrientes (1996-2013)*. CESNI.

SOBRE LOS AUTORES

Luis Blacha

luisblacha@gmail.com

Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, Licenciado en Sociología en la misma casa de altos estudios y Magíster en Ciencia Política del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de San Martín. Es Profesor Regular del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes e Investigador Independiente en CONICET. También se desempeña como Director del proyecto I+D “El poder de la dieta: una respuesta sociológica a las desigualdades nutricionales. El caso de la Súper Sopa en un contexto obesogénico”, un equipo interdisciplinar financiando por la UNQ. Además, es miembro del Programa I+D “Estudios Sociales en Ciencia, Tecnología,

Innovación y Desarrollo” radicado en la IESCT-UNQ. Es miembro del Programa de Extensión UNQ RedTISA desde el año 2020.

Temas de investigación: Desigualdad Nutricional; Malnutrición por exceso; Obesidad; Hambre, Poder; Usos del territorio

Gabriela Cévalo Boro

cevaloborog@gmail.com

Socióloga y Profesora de Sociología por la Universidad de Buenos Aires, Maestranda en Epistemología e Historia de la Ciencia por la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Temas de investigación: Desigualdad Nutricional; Sociología de los Alimentos; Alianzas Sociotécnicas; Estudios sociales de la ciencia y la tecnología.